

¿EXISTIÓ UN EJÉRCITO CATALÁN EN LA ÉPOCA MODERNA?

ANTONIO ESPINO LÓPEZ
Universidad Autónoma de Barcelona

RESUMEN:

En el presente artículo, el autor se plantea los posibles condicionantes que limitaron las posibilidades de desarrollo de un ejército catalán propio durante la Época Moderna.

RESUM: *Va existir un exèrcit català a l'Època Moderna?*

En aquest article, l'autor es planteja els possibles condicionants que limitaren les possibilitats de desenvolupament d'un exèrcit català propi durant l'Època Moderna.

SUMMARY: *Did a Catalan army exist in the Modern Age?*

In this article, the author analyses the possible conditioning factors that limited the possibilities for Catalan people to develop an army of their own during the Modern Age.

Los ejércitos de la Época Moderna, y a diferencia de las etapas anteriores, descansaban sobre tres bases: una administración desarrollada especialmente para la guerra; un número de tropas permanentes cada vez mayor, preferiblemente reclutadas entre los vasallos y unas fuentes de financiación suficientes. Cataluña fue incapaz de generar este tipo de ejército "moderno".

1) El primer condicionamiento que limitó el desarrollo de un ejército catalán propio fue la evolución de la organización militar en Cataluña desde la Edad Media.

En el siglo XI ya aparece mencionado en los *Usatge* la necesidad de mantener gente fija en el ejército. Esa necesidad se concretaba en el *usatge Princeps Namque* que ordenaba el alzamiento general armado de todo el país contra el enemigo invasor. Se trataba, pues, de un alzamiento defensivo y con el rey inexcusablemente a la cabeza de las tropas. Esa fórmula, que pudo dar lugar a un ejército permanente, se desaprovechó. Durante el reinado de Pere IV el Ceremoniós (1336-1387), el rey intentó disponer de unas mínimas fuerzas permanentes, pero no lo consiguió. Por ello se contentó con aceptar que las ciudades catalanas, a cambio de la convocatoria del *Princeps Namque*, reclutasen algunas tropas para el rey a tiempo parcial. Esta forma de servicio de armas triunfó y las ciudades catalanas, con Barcelona a la cabeza, aceptaron el envío de contingentes de tropas pagadas bajo la forma de huestes vecinales (milicias urbanas) hasta fines del siglo XVI. Entre 1345 y 1598, según las *Rubriques* de

Bruniquer, Barcelona movilizó su hueste veintisiete veces. La Corona, a cambio, terminó por conceder al gobierno de las ciudades la dirección de la milicia urbana. Barcelona lo obtuvo en 1544.

Un error grave es confundir la movilización del *Princeps Namque* con la del somatén. Este último es un proceso de justicia por el que un grupo de gente armada persigue delincuentes, cuadrillas de bandoleros, intenta erradicar la guerra de bandos o guerras privadas, etc. Se trata, pues, de una movilización parcial que sólo afecta a un territorio determinado y nunca se utiliza para fines bélicos en teoría.

Durante la Guerra Civil de 1462-1472 se pusieron en evidencia las limitaciones militares del país. Si algo quedó demostrado fue que el Principado era incapaz de llevar y mantener dos ejércitos. Ambos bandos, significativamente, necesitaron el apoyo de tropas extranjeras para continuar la lucha.

En 1461, cuando se comenzó a movilizar tropas para la guerra, Barcelona y la Generalitat lograron reclutar por separado apenas 3.000 hombres. Tras su derrota en la batalla de Rubinat (23-VII-1462) el ejército se disolvió. La Ciudad Condal apenas había podido llevar setecientos hombres de los tres mil previstos, dirigidos por oficiales que apenas tenían experiencia, mal pagados y casi sin caballería. Cuando en 1464 se intentó llevar otros 15.000 hombres en toda Cataluña, sólo se consiguieron 3.000.

A Juan II no le fueron mejor las cosas. Al principio de las hostilidades apenas reunió 250 caballeros y 500 infantes. En 1464 sólo contaba con 600 jinetes y 1.000 infantes. Eso explica su búsqueda de ayuda en Francia. Luis XI, a cambio de 200.000 escudos de oro que nunca se le pagaron, por lo que pudo ocupar los condados del Rosellón y Cerdaña, aportó un contingente de más de 10.000 hombres.

Nos interesa resaltar no sólo el escaso número de los contingentes catalanes movilizados, sino también la estructura de dichas tropas. En el caso del bando antijoanista, se trataba de un contingente formado por tropas levadas por la Ciudad Condal —la hueste vecinal que ya hemos mencionado— a las que se añadían las levadas por la Generalitat. En ambos casos, tropas voluntarias pagadas por dos instituciones y con dos estructuras administrativas diferentes. Jamás se creó un único ejército con una única administración. Por lo tanto, no existió en Cataluña una verdadera tradición de un ejército permanente, a pesar de los intentos medievales de contar con tropas fijas. De hecho, ni siquiera hay unanimidad entre los historiadores a la hora de referirse a las tropas levadas en Cataluña durante esta guerra. Se habla del "sometent" dirigido contra Girona, del "Exèrcit del Pricipat", "la bandera de Barcelona" o "l'exèrcit de Barcelona". Castilla, en cambio, supo amalgamar las fuerzas militares de tipo medieval y crear un ejército permanente. El ejército real que conquistó Granada estaba compuesto por tropas pagadas por la Corona, por la nobleza, por las órdenes militares, por las ciudades (milicias concejiles) y también había tropas de la Santa Hermandad. Desde inicios del siglo XVI se crearon pautas sobre la

organización de un ejército permanente, cuya base será el tercio, que surge de las reformas de 1534-1536 y retocado finalmente en 1562. La base de la recluta era voluntaria.

2) El segundo condicionamiento que explica la dificultad para levantar en Cataluña un ejército de tipo moderno es la demografía. La demografía catalana de la Epoca Moderna no permitía la recluta de un ejército similar en número a los de Castilla —de la Monarquía Hispánica más tarde— o Francia. Si comparamos la población catalana con la castellana en el siglo XVI, en 1530 Castilla tiene 3.919.000 habitantes y Cataluña 251.000. En 1591, Castilla suma 5.598.000 habitantes y Cataluña 364.000. La Francia del siglo XVI tenía de dieciséis y dieciocho millones de habitantes. Esa realidad demográfica se tradujo en ejércitos notablemente superiores a cualquier movilización catalana. A fines del siglo XV —reinados de Luis XI y Carlos VIII—, Francia mantenía ejércitos permanentes —con caballería, infantería y artillería— de entre 20.000 y 25.000 hombres. Castilla, para la Guerra de Granada, movilizó 36.000 hombres en 1485, que llegaron a 53.000 en 1489.

3) El tercer condicionamiento a nuestro juicio fue el modelo de defensa de Cataluña en la Epoca de los Austrias. En principio, la defensa tenía que correr por cuenta del ejército real, por lo que no hubo opción de crear un auténtico ejército catalán. Las milicias urbanas —y la leva de compañías sueltas— constituyeron la contribución militar del Principado, pero siempre debían integrarse en el ejército real. No podían actuar de forma autónoma y, por lo tanto, no fueron el germen de ningún ejército catalán. Pero la ironía fue que, aunque Carlos V deseaba enviar más tropas al Principado para aliviar aquel frente de la presión militar francesa —que 1542-1543 fue de 70.000 hombres—, “per tantas guerras que te Sa Magestat per totas las parts del Mon no podía acudir [al auxilio de Barcelona]...”, lo que explica la falta de proyección del ejército real en el Principado. La solución fue que el servicio de armas que Cataluña debía al rey se destinó en buena medida a la defensa prioritaria de Barcelona. La Ciudad respondió incrementando la fuerza de su milicia urbana, situándola en 7.500 plazas teóricas y armándola mejor. El sistema pareció funcionar pues al menos en 1546 y en 1589 el Consell de Cent rechazó el envío de tropas a Cataluña.

Por otro lado, el rey reclutó pocos hombres en Cataluña. La situación cambió a partir de la década de 1580. Según I. Thompson, hasta entonces la mayor parte de las compañías se reclutaron mediante capitulaciones de amnistía concedidas a forajidos a cambio de un período de servicio, preferentemente en Flandes. El rey era reacio a reclutar en Cataluña debido a la gran cantidad de inmigrantes franceses que habitaban en el Principado, pues no deseaba la incorporación de enemigos en potencia, o de gentes que pudiesen desertar con facilidad y pasarse, precisamente, al ejército del rey de Francia. El agotamiento demográfico castellano y el incremento de la guerra en el Atlántico hicieron desaparecer las prevenciones iniciales: así, en 1587 se reclutaron en Cataluña diez

compañías y desde entonces fue normal reclutar dos o tres cada año.

Durante el siglo XVI, Cataluña sorteó la presencia de importantes contingentes militares en su territorio, y, más que falta de voluntad, no hubo ocasión o tradición de servir al rey voluntariamente en el ejército. El coste fue la inexperiencia bélica que unida a la limitada demografía y economía del país explican el papel que jugó el Principado en dos ocasiones históricas como la Guerra dels Segadors y la Guerra de Sucesión.

Aunque los costes demográficos y económicos de la recluta de tropas fuesen muy altos, el alojamiento por la población civil de los ejércitos en la Epoca Moderna era especialmente gravoso. El Estado moderno supo crear una fuerza disuasoria, el ejército moderno, capaz de defender un territorio del enemigo y, en ocasiones, de invadirlo. Pero tardó muchísimo tiempo en organizar la administración de guerra y la logística adecuadas para mantener a dicho ejército tanto en tiempos de guerra como de paz. Es decir, un ejército sirve para defender un territorio, pero ¿cómo se defendían los habitantes de dicho territorio de los excesos del ejército "amigo"? La respuesta es que muy mal. Cataluña no es un caso aislado. En aquellas zonas en las que se ha estudiado el impacto de la guerra a largo plazo —el obispado de Lieja por M. Gutmann o la ciudad de Nördlingen por Ch. Friedrichs—, el resultado fue el enorme endeudamiento municipal, la contracción demográfica y la caída en los niveles de vida de los sectores más pobres. Pero no olvidemos que la fiscalidad de la guerra y las reclutas continuas son igualmente dañinas. Castilla lo supo muy bien. Cuando la Monarquía Hispánica quiso variar el status bélico del Principado, las leyes de Cataluña eran un freno; para los catalanes eran su escudo protector. El problema es que cuando lo necesitaron, y como ya hemos apuntado, carecían de la experiencia y de los medios humanos y materiales para formar un ejército que defendiese el país. La única salida, como durante la Guerra Civil del siglo XV, era la ayuda exterior.

La guerra con Francia desde 1635 no sólo obligó a los catalanes a movilizarse, sino que también les obligó a mantener al ejército real que luchaba en Cataluña. En la campaña de Salses de 1639, según los testimonios citados por E. Serra, Cataluña reclutó 12.500 hombres, un esfuerzo notable. Una vez comenzada la guerra contra Felipe IV, mientras el ejército real comandado por el marqués de los Vélez consiguió reunir 34.000 hombres —que según N. Sales estaba compuesto por alemanes, polacos, irlandeses, italianos, portugueses, valones, sardos, mallorquines en mucho mayor número que castellanos—, Pau Claris apenas le pudo oponer 8.200 hombres. Sólo la ayuda francesa —y los errores logísticos y estratégicos hispanos— salvaron Barcelona en la batalla de Montjuïc en 1641. Como vemos, la inexistencia de unas estructuras militares de estilo moderno en Cataluña obligaron al Principado como única salida —y como ya había ocurrido durante la Guerra Civil del siglo XV— a buscar la ayuda exterior. En 1643 había de veinte a treinta mil soldados franceses en Cataluña.

El ejército de Claris estaba formado por milicias urbanas, por fuerzas

levadas por algunos nobles, por compañías de almogávares —que pronto se llamarán miquelets— levados por la Generalitat, incluso se utilizó el somatén. Un autor como J. Vidal Pla —quien en las páginas de *Manuscrits*, en 1986, defendió nada menos que las formas tradicionales de la organización armada en Cataluña eran sistemas de movilización perfectamente homologables a los de los Estados europeos del momento— reconoce que, al inicio de la revuelta, las autoridades catalanas usaron estas fórmulas de movilización tradicional —entre ellas el somatén— no porque fueran modernas, sino porque eran las únicas que tenían a mano para oponerse al ejército real.

Una prueba de la falta de experiencia bélica de este ejército es que se estimuló la incorporación al servicio del mismo de oficiales catalanes que habían luchado con el ejército hispano, incluso en Italia o Flandes —J. de Biure, R. de Guimerà, el conde de Savallà, J. de Pons, B. Desvalls, Joan de Sentmenat, T. de Banyuls y otros—. También se comenzaron a publicar en Barcelona obras sobre arte de la guerra como las de L. Brancaccio: *Cargos y preceptos militares para salir con brevedad famoso y valiente soldado* (1639), la de D. Moradell: *Preludis militars...* (1640), la de J. Doms: *Orde de batalla o buen compendi...* (1643) o el tratado de artillería del maestro de la escuela de dicha disciplina de la ciudad de Barcelona F. Barra escrito en 1642.

Sólo más adelante, los pactos con Francia, según E. Serra, significaron cambios decisivos en la estructura fiscal y militar catalana, con la creación de un ejército de 5.500 hombres, una cifra ridícula para la Europa de aquella época. La presencia militar francesa, primero, y la recuperación de Barcelona en 1652 por las armas hispanas, después, hicieron que las instituciones catalanas perdiesen el control militar del país y, por lo tanto, quedasen limitadas sus opciones políticas. Por ello, en palabras de V. Ferro, “Quan, arran de la represa econòmica i política del final del segle XVII i principi del XVIII, el país, confrontat amb unes opcions històriques noves, es disposà a defensar la seva concepció del dret i de la Monarquia i la seva pròpia existència com a entitat independent, es trobà enfrontat, massa tard, a la tasca de bastir una estructura militar moderna”.

De hecho, por el Pacto de Génova (1705), Cataluña debía movilizar 6.000 hombres, frente a los 10.000 enviados por Inglaterra, que además, y significativamente, serían pagados por los ingleses. Otro dato, en el sitio de 1714, Barcelona fue atacada por un ejército borbónico de 40.000 hombres y defendida por 5.500, curiosamente el mismo número que el ejército catalán de setenta años antes. Nada había cambiado.

A modo de conclusión podemos decir, siguiendo a Charles Tilly, que la guerra —y la preparación de la guerra— fue la principal actividad que estimuló la aparición de los componentes esenciales de los Estados europeos. Los Estados que perdían la guerra podían reducir su extensión e, incluso, desaparecer como tales. Los gobernantes terminaron por crear ejércitos ingentes que incorporaron a la estructura administrativa del Estado, mientras asumían el funcionamiento directo, sin intermediarios, del aparato fiscal. Cataluña, en cambio, confió

únicamente en contratar o adquirir fuerza militar buscando la ayuda externa. El resultado es que no se crearon vastas estructuras permanentes de Estado. Y, como hemos dicho, el problema es que sólo sobrevivieron aquellos Estados que no perdieron terreno en la evolución de la guerra frente a otros Estados. La ventaja fue para los Estados que supieron —o pudieron— crear grandes fuerzas armadas permanentes con su propia población y con capacidad para pagar aquel gasto creciente. El aparato central del Estado se expandía por el esfuerzo bélico, pero una vez acabado el conflicto ya no desaparecía, sino que permanecía. Y es obvio que la guerra nunca se evanesció de Europa. Durante el siglo XVI en un 95% de los años hubo guerra entre las principales potencias europeas. En el siglo XVII en un 94% y en un 78% en el siglo XVIII. La Monarquía Hispánica, por ejemplo, estuvo en guerra tres de cada cuatro años a lo largo del siglo XVII. Es lógico, pues, que las estructuras para emprenderla tampoco desaparecieran.

Bibliografía

- V. Ferro, *El Dret Públic Català. Les institucions a Catalunya fins al Decret de Nova Planta*, Vic, 1987.
- J.N. Hillgarth, *La hegemonia castellana, 1410-1474*. Vol. II, *Los reinos hispánicos*, Barcelona, 1983.
- J. Nadal, *La población española (siglos XVI al XX)*, Barcelona, 1986.
- N. Sales, *Els segles de la decadència. Història de Catalunya*, Vol. IV, Barcelona, 1988.
- E. Serra, "Notes sobre l'esforç català a la campanya de Salses. Juliol 1639, gener 1640", en *Homenatge al Doctor Sebastià García Martínez*, Vol. II, Valencia, 1988.
- Idem.*, "Tensions i ruptures en la societat catalana en el procés de formació de l'Estat Modern", *Manuscrits*, Núms. 4/5, Bellaterra, 1987.
- A. Simon y A. Espino, "Les institucions i formes d'organització militar catalanes abans de la Guerra dels Segadors", en *Pedralbes*, Núm. 13-I, Barcelona, 1993.
- S. Sobrequés i Vidal y J. Sobrequés i Callicó, *La Guerra Civil Catalana del segle XV*, Vol. I, Barcelona, 1973.
- Ch. Tilly, *Coerción, capital y los estados europeos, 990-1990*, Madrid, 1992.
- I. Thompson, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona, 1981.
- J. Vidal Pla, "Notas acerca de la revolución política y los movimientos sociales durante la Guerra dels Segadors", en *Cuadernos de Historia Moderna*, Núm. 11, Madrid, 1991.
- Idem.*, "Les formes tradicionals de l'organització armada a la Catalunya dels segles XVI i XVII. Suggèrencies per a una investigació", en *Manuscrits*, Núm. 3, Bellaterra, 1986.